

plo de un ánimo bien dispuesto y formado alegrarse de las cosas buenas, y sentir las que no lo son.

Por lo cual, si los sabios son sensibles á estos afectos, como lo son ciertamente, si no queremos excluir de sus corazones toda humanidad, ¿qué causa hay para excluir enteramente de la vida humana la amistad, por no sufrir por su causa algunas impertinencias? ¿Qué diferencia hay (quitando lo sensible), no digo entre un hombre y una bestia, sino entre un hombre y una piedra, ó un tronco, ó cosa semejante? Tampoco se ha de dar oídos á los que quieren que la virtud sea inhumana y férrea; la cual así como en todo lo demás, así también en la amistad es amorosa y tratable; de modo que con las prosperidades de los amigos como que se ensancha, y en los males se encoge. Y así, este cuidado y solicitud que se toma por los amigos no es de mayor peso para excluir de la vida la amistad, que lo es para desechar las virtudes el motivo de que traen consigo algunos cuidados y molestias.

CAPÍTULO XIV.

Todas las amistades nacen de la semejanza de costumbres.

Siendo la virtud la que concilia las amistades, como antes dije, si se asoma algún rasgo de virtud á que se aplique y se junte un ánimo semejante; cuando esto sucede, es preciso que se engendre amor. ¿Pues qué locura más extraña que deleitarse con otras cosas inútiles, como son las honras, la gloria, el edificio, el vestido, el adorno del cuerpo; y no gozarse sobremañera con un ánimo dotado de virtud, tal que pueda

amar y corresponder con un amor recíproco? Porque nada hay más dulce que la benevolencia recíproca y la mutua alternación de oficios y de afectos. A lo cual si añadimos, como se puede muy bien añadir, que ninguna cosa hay que más convide á sí, y atraiga á otra, que la semejanza á la amistad, se concederá ser correspondiente que los buenos amen á los buenos, y se los apropien á sí como unidos por parentesco y naturaleza. Pues nada hay que más apetezca sus semejantes, ni más fuerza tenga de atraerlos que la misma naturaleza. Por lo cual es á mi ver constante, Fanio y Escévola, que el cariño entre los buenos es casi necesario que es una fuente de la amistad indicada por la naturaleza. Pero esta misma bondad se extiende también á todos los demás hombres: porque no es inhumana la virtud, no es intratable ni soberbia; de todos cuida, pues la vemos defender á pueblos enteros, y mirar por ellos con mucha diligencia: lo cual no hiciera en verdad si se desdeñara del cariñoso afecto de la gente vulgar.

Y también me parece que los que se proponen sólo el interés en las amistades, quitan de ella su más amable vínculo: porque no delecta tanto la utilidad conseguida por el amigo, cuanto el mismo amor del amigo; y entonces sirven de gusto los beneficios de un amigo, cuando nacen del deseo de hacerlos: y está tan lejos que las amistades se apetezcan por causa de la necesidad, que antes bien los que gozando de abundancia, y en especial de virtud, en que está el verdadero apoyo, no necesitan de otro, son los más liberales y deseosos de hacer beneficios. Y aun no sé si sería de desear que los amigos nunca estuviesen necesitados de alguna cosa. Porque ¿cómo hubieran sido de tanto primor mis oficios si no hubiera necesitado Escipión nunca, ni en paz ni en guerra,

de mi consejo y diligencia? Luego no nace la amistad del interés, sino que de ella resultan las utilidades.

CAPÍTULO XV.

No hay bien más apreciable que la amistad: la fortuna de muchos la excluye á veces.

No deben, pues, ser oídos los que están entregados á los deleites, si alguna vez hablan de la amistad, de la cual ni por reglas ni por experiencia tienen conocimiento. Porque á buena fe, ¿quién hay que desee vivir en una suma abundancia de riquezas y de todas las demás cosas para no amar á nadie ni ser amado de ninguno? Tal es la vida de los tiranos, en la cual no hay fe alguna ni amor, ni puede ser constante ninguna confianza de cariño: todo es sospechoso, todo solícito; no hay lugar á la amistad. Porque ¿quién ha de amar á quien tiene miedo, ó de quien juzga que él será temido? A éstos sin embargo se les trata con obsequios fingidos hasta cierto tiempo; y si caen de su fortuna (como es regular), entonces se manifiesta qué pobres estaban de amigos: como dicen que dijo Tarquino estando desterrado, que había conocido á sus amigos fieles y falsos, cuando ya no podía dar iguales agradecimientos á ninguno: aunque me admiro que un hombre tan soberbio y tan bárbaro pudiese jamás tener algún amigo.

Pues así como las costumbres de éste que he dicho no pudieron conciliarle verdaderos amigos; de la misma manera los excluyen las riquezas de muchos hombres poderosos. Porque no solamente la fortuna es

ciega, sino que también hace ciegos muchas veces á los que favorece. A casi todos éstos se les ve entonados con arrogancia y con tiesura: y no puede haber cosa más intolerable que un tonto afortunado. Es también de notar que los que fueron antes tratables, se mudan con el poder, con los empleos, con la prosperidad; desprecian las amistades antiguas, y se gozan con las nuevas. Pues ¿qué mayor simpleza que estando llenos de bienes y facultades, hacer prevención (como se acostumbra con el dinero) de caballos, criados, ricos vestidos, alhajas costosas, y no acaudalar amigos, que son los muebles, por decirlo así, de más estimación en nuestra vida? Porque cuando hacen provisión de las otras cosas, no saben para quién las juntan, ni para quién trabajan, pues cada una de ellas es para el que puede más; pero la posesión de una amistad á cualquiera permanece firme y estable; de suerte que aunque duren las otras cosas que son como dones de la fortuna, con todo, una vida incivil y desamparada de amigos no puede ser gustosa. Pero basta de esto.

CAPÍTULO XVI.

Cuáles sean los límites de la amistad; tres opiniones acerca de esto.

Es menester establecer en la amistad ciertos términos y límites del amor. Sobre éstos veo que hay comúnmente tres sentencias, de las cuales ninguna apruebo. La una es que tengamos el ánimo dispuesto para con el amigo del mismo modo que para con nosotros mismos; la segunda es que el amor que les ten

gamos corresponda igualmente al que nos tengan ellos, y la tercera que la misma estimación que se da uno á sí mismo, le dé también el amigo. De estas tres sentencias á ninguna asiento. Porque la primera, que cada uno tenga para con su amigo la misma afición y voluntad que tiene para sí, es falsa. Porque ¿cuántas cosas hace uno por un amigo que jamás haría por sí? Ruega uno, suplica á gente ruin, trata á otro con aspereza, indígnase con él; cosas que en causa propia no serían muy decentes, y en los negocios de los amigos son muy honrosas. Y hay otros muchos casos en que los hombres de bien disminuyen de sus propias conveniencias, y permiten abstenerse de ellas para que las gocen antes sus amigos.

La otra sentencia define á la amistad por una correspondencia igual en amor y buenos oficios. Esto es compasar la amistad, y medirla con mucha nimiedad, de suerte que sea igual la partida de lo que se recibe con la de lo que se ha dado. Más abundante, más amplia me parece á mí la amistad verdadera: creo que no cuida estrechamente de no dar más de lo que ha recibido. Porque ni se debe temer en la amistad que nada vaya de más, ó que se lo lleve el viento, ni que se acumule más de lo justo. Pues la tercera opinión es la más perniciosa de todas: que tanto le estimen á uno sus amigos cuanto él á sí mismo. Porque acontece muchas veces que unos son de un ánimo apocado, y tienen menos esperanzas de aumentar su hacienda: no es esto propio de amigos ser del mismo espíritu hacia otro, que hacia sí propio; sino esforzarse á animar el desaliento del amigo, y traerle á esperanzas y pensamientos mejores. Muy distinta regla hemos de establecer en la amistad; aunque voy á decir una cosa que Escipión solía reprender gravemente. Decía que ninguna expresión se podía hallar más

contraria á la amistad que la del que dijese que se debía amar como si algún día hubiésemos de aborrecer: y que no podía resolverse á creer que fuese sentencia de Bias, como se decía (que se contaba por uno de los siete sabios); sino que sería opinión de algún impuro ó ambicioso, ó de alguno que todo lo dirigiese á su exaltación. Porque ¿cómo puede uno ser amigo del que crea que otro día puede ser enemigo? Antes bien será necesario querer y desear que haga muchas faltas el amigo, para que dé otros tantos motivos de ser reprendido; y además será menester sentir y tener envidia de las buenas obras y de las conveniencias de los amigos. Finalmente, este precepto (sea de quien fuere) sólo es á propósito para desterrar las amistades. Antes se debe establecer que pongamos gran cuidado en escoger las amistades, para no empezar á amar á quien algún día se pueda aborrecer: mas juzgaba Escipión que, si fuésemos poco afortunados en la elección, debíamos antes pasar por ella que pensar en el tiempo de la enemistad.

CAPÍTULO XVII.

Señales para conocer los que son buenos para amigos: qué cosas se oponen á las amistades ó las rompen.

Éstos pues son los límites que deben observarse en la amistad: que si son honestas las costumbres de los amigos, haya entre ellos comunicación de todas las cosas, de todas las determinaciones, de todos sus deseos sin excepción alguna: y si sucediere por desgracia que necesiten de ayuda los amigos, aun en las co-

mas menos justas, es necesario apartarse un poco del camino recto, si se interesa su vida ó su fama, como no se siga grande fealdad. Porque hay en la amistad cierto punto hasta donde se puede usar de condescendencia: ni se ha de despreciar la fama, que no conduce poco estar bien quisto con todos para el buen éxito de los negocios, y es cosa vergonzosa conseguirla por condescendencias y adulaciones; mas no se ha de despreciar por ningún término aquella virtud que es como madre del amor. Pero volviendo á Escipión, que siempre hablaba de la amistad, se quejaba de que en todas las otras cosas eran más diligentes los hombres que en ésta: que cada uno podía contar las cabras y las ovejas que tenía, y no los amigos: que se pone cuidado en escoger aquellas cosas, y en elegir amigos hay mucho descuido; y que no se tienen ciertas señales para conocer los que son buenos para amigos. Se han de escoger pues los firmes, estables y constantes, de los cuales hay mucha escasez; y no es fácil conocerlos, si de antemano no se les ha experimentado; ha de hacerse la prueba en la misma amistad; y así sucede que esta se anticipa al juicio, y no deja lugar de hacer la experiencia.

Es propio de un hombre sabio contener el ímpetu del amor, como el de un coche, del cual usamos (así como de los caballos después de experimentados), probadas en parte las costumbres de los amigos. Déjase conocer la ligereza de unos en cosas de poco momento; otros á quienes no pudo mover un corto interés, se manifiestan en la abundancia. Pero aunque se encuentren algunos que tengan por cosa fea preferir el interés á la amistad, ¿dónde encontraremos aquellos que no antepongan á ella las honras, los magistrados, el poder, la exaltación, de modo que poniendo en balanzas estos provechos con la fuerza de la amis-

tad, no quieran mucho más aquéllos? Es muy flaca la naturaleza de los hombres para resistir á la tentación de una dignidad; y aunque la consigan dejando la amistad, juzgan tener excusa, porque no la han pospuesto sin causa grave. Y así con gran dificultad se encuentran amistades entre los que andan entre pretensiones y en la república. Porque ¿dónde hallaremos quien prefiera á sus honras las de sus amigos? Y por dejar ya esto, ¿cuán difícil y pesada cosa les parece á los más la compañía en las desgracias? Ni se encuentra con facilidad quien entre á la parte en ellas. Y así, aunque dijo muy bien Ennio:

Gran prueba de un amigo es la desgracia.

con todo, dos señales hay que los convencen de flacos y ligeros: si desprecian al amigo en la prosperidad, ó si le desamparan en la mala fortuna. Por lo cual al que en entrambas fortunas se muestra firme. constante é inalterable, le podemos tener por hombre de una casta muy rara y casi divina.

CAPÍTULO XVIII.

Fundamentos de la constancia en la amistad.

La fidelidad es el fundamento de la constancia y de la solidez que buscamos en la amistad; porque no puede haber constancia donde no hay fidelidad. Es necesario elegir un genio sencillo, sociable y dócil, que se impresione de lo mismo que el que le escoge, lo cual pertenece todo á la fidelidad: porque ni un genio solapado y doble podrá ser fiel, ni constante y

permanente el que no está del mismo modo apasionado ni congenia con el otro por naturaleza. Añádese á esto que ni guste de chismes ó cavilaciones, ni dé crédito á las que oiga: lo cual corresponde á la constancia, de que tanto he hablado. Así sale verdadero aquel principio, que no puede haber amistad sino entre los buenos: pues es muy propio de un bueno, al cual también podemos llamar sabio, guardar estos dos principios en la amistad: el primero, que no haya en ella ficción ni artificio; pues aun el aborrecer abiertamente es cosa más sincera que disimular en la cara la intención: el segundo, que no sólo rechace los defectos que se imputen á su amigo, sino también que no sea suspicaz y melindroso, cavilando siempre, y juzgando que el amigo le faltó en algo. A lo cual debe juntarse cierta suavidad en el trato y las costumbres, que no es el menor sainete de la amistad. Es cierto que tiene cierta dignidad en todas las cosas la gravedad y seriedad; pero debe ser más indulgente la amistad, más franca y apacible, y más inclinada á toda cortesanía y afabilidad.

CAPÍTULO XIX.

Qué lugar deben tener los amigos antiguos: la amistad excluye toda distinción entre ellos.

Excítase en este lugar una cuestión algo difícil: si se deben preferir en algún caso las amistades nuevas (siendo dignas) á las antiguas, como solemos anteponer los potros á los caballos viejos. Indigna duda de un hombre, porque no se debe dar lugar en las amis-

tades al fastidio como en las demás cosas. Las más antiguas son (como los vinos añejos) más agradables: y es verdadero el dicho común de que para ser perfectos amigos es menester haber comido juntos muchos celemines de sal. No por esto quiero que se desechen las amistades nuevas, si dan esperanza y manifiestan como las hierbas buenas el fruto que darán; pero se deben mantener en su lugar las antiguas; pues es mucha la fuerza de la antigüedad y el trato. Y en la misma semejanza del caballo, de que acabo de hacer mención, ninguno habrá que no se sirva con más gusto, no habiendo otro inconveniente, del que acostumbra que de un potro no experimentado. Y no solamente en éste que es un animal, sino aun en las cosas inanimadas tiene su fuerza la costumbre: pues entre los lugares montuosos y silvestres nos agradan más aquellos en que más tiempo nos hemos divertido.

Pero lo que es un punto más principal en la amistad, es que iguala al superior con el inferior. Porque muchas veces hay alguna excelencia, como era la de Escipión en nuestra grey, por decirlo así. Jamás él se antepuso á Filo, ni á Rupilio, ni á Mumio, ni á los otros amigos de inferior clase. Mas á Q. Máximo su hermano, varón esclarecido, de ningún modo igual á él, sólo porque era mayor de edad le respetaba como superior, y á todos sus amigos los quería más realzados é ilustres por su persona. Esto deben hacer é imitar todos; de suerte que si han conseguido alguna ventaja de virtud, de ingenio ó de hacienda, la partan y comuniquen con sus amigos: y si son hijos de padres humildes, si tienen parientes pobres, ó de ánimo ó de fortuna, les aumenten su riqueza, y les den honor y dignidad; como vemos en las comedias, que aquellos que por ignorarse su nacimiento y ascendencia han estado en esclavitud, cuando son recono-

cidos, y se hallan hijos de dioses ó de reyes, conscrvan todavía amor á aquellos pastores que tuvieron por padres muchos años. Lo cual mucho más se debe hacer con los padres ciertos y conocidos. Pues el fruto de la virtud, del ingenio y de toda excelencia, entonces se coge en mayor abundancia, cuando se reparte con los parientes más cercanos.

CAPÍTULO XX.

Varios preceptos acerca de la amistad.

Así pues como deben igualarse con los inferiores en el trato y unión de la amistad los que sobresalen de algún modo, tampoco deben quejarse aquellos de verse excedidos de sus amigos ó en ingenio, ó en fortuna, ó en dignidad: muchos de los cuales ó tienen siempre alguna queja, ó dan en cara con algo, particularmente si piensan poder decir que han hecho alguna cosa por el amigo ó interponiendo sus oficios, ó con algún trabajo. Aborrecible es por cierto la casta de aquellos hombres que echan en rostro sus servicios, de los cuales se debe acordar quien los recibe, y no traerlos á la memoria el que los hace. Por lo cual, así como en la amistad se deben abatir en cierto modo los superiores, así también se han de levantar los inferiores. Porque hay algunos que hacen molestas las amistades creyendo que los desprecian; aunque esto no sucede sino á los que se tienen por dignos de desprecio, á quienes se debe curar esta aprensión no sólo con palabras, sino también con las obras. Se ha de hacer, pues, por el amigo cuanto se pueda, y

además cuanto sea capaz de sostener aquel á quien se ama y se ayuda. Porque no podrás por más sobresaliente que seas colocar á todos tus amigos en los empleos más distinguidos: así como Publio Escipión pudo hacer cónsul á P. Rupilio, y no á su hermano Lucio. Y aunque puedas conferir alguna cosa á otro, es menester considerar hasta dónde llegan sus fuerzas.

Finalmente, de las amistades se debe juzgar cuando ya las edades y genios están firmes y maduros; ni los mozos aficionados á la caza y á la pelota han de contar por amigos á los que amaron antes por tener las mismas inclinaciones. Porque de esta manera las amas de criar y los pedagogos pedirán por derecho de antigüedad una gran benevolencia; á los cuales no digo que se los desprecie, pero se les ha de tratar de otro modo; si no, no podrán ser constantes las amistades. Porque á la diversidad de costumbres corresponde diferencia de inclinaciones, y esta semejanza descompone las amistades. Por ningún otro motivo no pueden los malos ser amigos de los buenos, ni los buenos de los malos, sino porque la distancia que hay entre las costumbres é inclinaciones de unos y otros es la mayor que se puede imaginar. Débese también establecer en las amistades, que un desordenado amor no impida (como suele acontecer) grandes utilidades de los amigos. Porque (volviendo á las fábulas) no hubiera conquistado á Troya Neoptolemo, si hubiera escuchado á Licomedes (1), en cuya casa se había criado, que le quería detener con muchas lágrimas. ¶

(1) Esto conviene no á Neoptolemo, sino á su padre Aquiles, que se crió en casa de Licomedes, rey de Esciros, vestido de mujer entre las hijas de este príncipe; pero no fué él quien tomó á Troya, sino Neoptolemo su hijo. De suerte que este punto de historia fabulosa está equivocado: algunos dicen que de industria, como que no tuviese muy presente Lelio la historia de estas fábulas.

también ocurren á veces negocios de mucha gravedad que obligan á apartarse de los amigos; los cuales, el que quiere impedirlos porque no sabe llevar bien la ausencia de su amigo, es flaco y de naturaleza afeminada, y por lo mismo no muy á propósito para la amistad. Mas en todos asuntos se debe considerar lo que se pide al amigo, y lo que se le concede.

CAPÍTULO XXI.

Ha de obrarse con dignidad en romper las amistades.—Casi sea la amistad natural.

Sucede también como por una calamidad, que algunas veces es necesario romper las amistades: pues ya desde las amistades de los sabios baja nuestro discurso á las más vulgares. Manchan muchas veces los vicios de los amigos no sólo á sus amigos, sino á los que no lo son, y esta infamia redundá contra los propios. Estas amistades se han de ir dejando poco á poco, y, como decía Catón, no tanto se han de rasgar como se han de descoser: sino es que se encienda alguna injuria muy insufrible, por la cual no sea justo ni honroso, ni se pueda menos de hacer el rompimiento al instante. Pero si se hubiere hecho mudanza de costumbres ó inclinaciones (como suele suceder), ó en los negocios de la república se siguiere otro partido (hablo, como dije poco ha, no de las amistades de los sabios, sino de las más comunes), se ha de cuidar de no dar á entender que no tan sólo se ha dejado la amistad, sino que se ha convertido en odio; porque no hay cosa más vergonzosa que tener guerra con quien

se ha vivido amigablemente. Por mi respeto se apartó Escipión de la amistad de Q. Pompeyo, como sabéis, y de mi compañero Metelo por la disensión que hubo en la república; pero en ambos rompimientos se portó con gravedad, con decoro, y sin particular enfado.

Por lo cual se ha de procurar primero que no haya discordias entre los amigos; pero si llegare este caso, que parezca que se han acabado naturalmente las amistades, no con violencia. También se ha de precaver que las amistades no se conviertan en crueles aborrecimientos; de donde nacen las quimeras, las palabras descompuestas y las injurias; las cuales se deben aguantar mientras fueren tolerables, y guardar este respeto á la amistad antigua, de modo que la culpa esté de parte de quien hace, no de quien padece la injuria. El único preservativo y prevención de todos estos vicios y desgracias es que no comencemos á amar demasiado pronto, y acaso á quienes no lo merezcan. Aquellos son dignos de la amistad que tienen en sí mismos causas para ser amados. Pocos hay de éstos, y en verdad de todo lo bueno hay poco; ni hay empresa más difícil que encontrar una cosa perfecta en su género por todas sus partes. Pero muchos no conocen en el mundo cosa buena que no sea en su provecho, y quieren aquellos amigos de quienes esperan sacar algún fruto, como de los otros animales. Y así carecen de aquella amistad nobilísima y muy natural, digna de ser deseada por sí misma; ni se pueden servir de ejemplar á sí propios para conocer cuál y cuánta sea esta fuerza de la amistad. Porque uno se ama á sí propio, no por exigir alguna merced del amor que se tiene, sino porque naturalmente cada uno se ama á sí mismo: lo cual si no se refiere puntualmente á la amistad, jamás se encontrará amigo verdadero, puesto que éste es otro yo. Y si se deja ver en

las bestias y aves, así del campo como del agua, en las mansas y fieras, lo primero que se aman á sí mismas, porque esto lo produce la naturaleza con el mismo animal, y después que buscan y apetecen animales á que aplicarse de la misma especie, y esto lo hacen con deseo y con cierta semejanza del amor humano; ¿cuánto más natural es en el hombre, que se ama á sí mismo, y adquiere otro, cuyo ánimo une de tal manera con el suyo que casi hace uno de los dos?

CAPÍTULO XXII.

No es razón buscar en los amigos cualidades que no tengamos el que las busca.—Condiciones de la amistad verdadera.

Pero algunos injustamente, por no decir sin vergüenza, quieren al amigo tal como ellos no pueden ser, y pretenden hallar en los amigos lo que los amigos no encuentran en ellos. Lo principal es que uno sea bueno, y después que busque para amigo otro semejante á sí. Entre sujetos tales se puede confirmar la constancia de que tanto he tratado; dominarán unidos con el amor en primer lugar sobre aquellos deseos á que los demás se inclinan; demás de esto se alegrarán con la equidad y la justicia; todos los negocios tomarán á su cargo el uno por el otro; no se pedirán recíprocamente sino lo que sea justo y honesto; y no sólo se tratarán y se amarán mutuamente, sino que también se tendrán respeto: porque desterrar el respeto de la amistad es despojarla de uno de sus mayores adornos. Y así es muy perjudicial el error de aquellos que piensan haber en la amistad amplia licencia

para las liviandades y otros pecados. La naturaleza inspiró la amistad para auxiliadora de la virtud, no para compañera de los vicios; para que no pudiendo llegar á lo sumo una virtud por sí sola, llegase unida y acompañada con otra; la cual sociedad, si se halla entre algunos, ó se ha hallado ó se ha de hallar, debe reputarse por la mejor y más dichosa compañía para conseguir el sumo bien de la naturaleza.

Esta sociedad es el tesoro de todas las cosas que los hombres tienen por dignas de ser deseadas, como la honestidad, la gloria, la tranquilidad del ánimo y la recreación: de suerte que cuando se poseen estas cosas es dichosa la vida, y sin ellas no lo puede ser. Pues si esto queremos conseguir, que es tan grande é ilustre, hemos de cultivar la virtud, sin la cual no podemos alcanzar la amistad ni cosa digna de desearse: y despreciada la virtud, los que pensaban tener amigos, entonces finalmente conocen que se engañaron, cuando alguna grave desgracia los hace experimentados. Por lo cual (esto se debe decir muchas veces) se ha de amar después de haberlo pensado, y no aguardar á pensarlo después de haber amado. Pero como en otras muchas cosas paguemos nuestros descuidos, principalmente sucede esto en el escoger y cultivar los amigos, porque usamos del consejo tardío, y hacemos lo que ya está hecho, aunque nos lo prohíbe el adagio antiguo. Porque empeñados ya mutuamente ó con la larga familiaridad, ó con recíprocos oficios, por cualquiera ofensa rompemos de repente las amistades en medio de la carrera.

CAPÍTULO XXIII.

Todo el mundo conviene en las ventajas de la amistad.

Y así tanto más debe ser vituperado tan gran descuido en cosa tan necesaria. Pues no hay provecho más generalmente conocido de todos entre todas las cosas que el que se saca de la amistad. Muchos desprecian la virtud, y la tienen por cierto vano aparato y ostentación; otros las riquezas, porque contentos con poco, les agrada un mantenimiento y adorno moderado; pues las honras (de que tienen algunos ardentísimos deseos) ¿cuántos hay que las abominan, de suerte que las tienen por la cosa más flaca y más inútil? Y hay muchísimos que en nada estiman todas las otras cosas que á algunos parecen admirables. Pero de la amistad todos sienten de una misma manera, así los que están empleados en el gobierno de la república, como los que se deleitan en el estudio y conocimiento de las cosas, como los que retirados atienden sólo á su negocio; y últimamente aun los que están entregados á los deleites juzgan que no es vida la que está desamparada de amigos, si quieren portarse en algo racionalmente. Porque se extiende la amistad (no sé cómo) por la vida de todos, y ninguna manera de vivir permite que esté exenta de ella.

Antes bien aunque haya alguno de genio tan insoportable y desabrido que huya del congreso y compañía de los otros hombres, y los aborrezca (como he oído que hubo en Atenas un tal Timón) (1); aun éste no

(1) Célebre por la extravagante opinión de aborrecer la socie-

podrá pasar sin buscar alguno con quien vomitar la ponzoña de su aspereza. De esto se haría verdadero juicio si pudiera suceder que algún Dios nos apartase del trato de los hombres, colocándonos en un lugar solitario, donde nos diese cuantas cosas apetece la naturaleza en la mayor abundancia, pero nos privase enteramente de la vista de los hombres; ¿quién abriría tan de hierro que pudiese sufrir aquella vida, y que no le quitase la soledad todo el contento de gozar aquellos placeres? Es muy cierto lo que he oído á nuestros viejos, que oyeron de otros, que acostumbraba decir Arquitas Tarentino, que si alguno subiese á los cielos, y claramente viese la naturaleza del mundo y la hermosura de las estrellas, no tendría mucho gusto en tan admirables cosas, las cuales le darían un gozo infinito, si tuviera otro á quien contárselas. Así la naturaleza no apetece la soledad, y siempre busca ciertos como arrimos, que cuando lo es un grande amigo, es la delicia más dulce de la vida.

CAPÍTULO XXIV.

Entre amigos se ha de decir y se ha de dar oídos á la verdad.

Mas dándonos á entender la naturaleza con tantas señales lo que quiere, lo que busca, lo que apetece y lo que necesita, cerramos los oídos, no sé por qué, y

dad, por la cual fué llamado *enemigo de los hombres*. Este, preguntado un día por qué, teniendo tanta aversión á los demás hombres, hacía cariños al jóven Alcibiades, respondió que porque preveía que éste había de destruir á Atenas algún día.

no escuchamos sus amonestaciones. Es vario y de muchas maneras el uso de la amistad, y hay también sus tropiezos en ella, y ciertos motivos de riñas y sospechas; las cuales el evitarlas, ó deshacerlas ó tolerarlas es propio de un hombre sabio. Sólo se ha de sufrir la ofensa de la cual dependa la firmeza de la verdad y lisura en la amistad: porque conviene muchas veces amonestar á los amigos, y aun reprenderlos, y esto se ha de llevar amigablemente cuando se hace con buena voluntad.

Mas no sé cómo sale verdadero mi amigo Terencio en su *Andria* cuando dice

La complacencia nos concilia amigos,
No gana la verdad sino enemigos.

Es cierto que es molesta la verdad, porque de ella nace el odio, que es un veneno contra la amistad; pero mucho peor es la adulación, que disimulando las faltas, deja precipitar á los amigos: mas la mayor culpa está en el que desprecia la verdad, y se precipita en el error por la adulación. Se ha de poner, pues, en esto el mayor cuidado y diligencia: lo primero, que la amonestación no lleve aspereza; y después, que la reprehensión sea sin afrenta: en el obsequio (porque uso con gusto de la palabra de Terencio) haya cortesanía, lestiérrese la adulación, que es compañera del vicio, y que no sólo no es digna de un amigo, pero de ningún hombre honrado: porque de otro modo se ha de vivir con un amigo que con un tirano. Pero el que cierra los oídos á la verdad, por no oirla de su amigo, ya se puede desesperanzar de su remedio. Bien sabido es quel dicho de Catón, como otros muchos, que deben legunos más á sus crueles enemigos que á los que seenden por dulcísimos amigos; pues aquéllos muchas veces dicen la verdad, y éstos jamás. Es también gran

desatino en los que son corregidos, que no sienten lo que debieran sentir, y toman gran pena de lo que no debieran; porque no sienten el haber pecado, y llevan muy á mal ser reprendidos; lo cual debiera ser al contrario, dolerse del defecto, y alegrarse de la corrección.

CAPÍTULO XXV.

No hay cosa más perjudicial en la amistad que la adulación.

Así pues como es propio de los amigos reprender y ser reprendidos, y que el uno lo haga con libertad y sin aspereza, y lo lleve el otro con paciencia, no con resentimiento; así también se ha de creer que no hay peste mayor en la amistad que el halago y la condescendencia: pues por muchos caminos es muy abominable este vicio, propio de hombres ligeros y engañosos, y que todo lo hablan para la complacencia, y nada conforme á la verdad. Mas como sea vicio en todas las cosas la disimulación, porque impide el juicio de la verdad, y le adultera, pero en la amistad repugna absolutamente, porque borra la verdad, sin la cual no puede permanecer el nombre de amistad. Y como toda la fuerza de la amistad esté en que se haga como un alma sola de muchas, ¿cómo podrá ser esto si ni en un solo sujeto se encuentra un solo ánimo, ni siempre uno mismo, sino vario, solapado y mudable? ¿Y qué cosa más flexible y más vaga que un ánimo á quien arrastran no sólo el sentido y la voluntad, sino aun el semblante y las miradas de otro?

Si otro afirma, yo afirmo; niega, niego:
Por ley precisa á todo condesciendo.

Que dice el mismo Terencio en persona de Gnatón: cosa es por cierto bien liviana tener semejantes amigos. Hay muchos Gnatones en el mundo, y muchos que exceden á aquél en calidad, fortuna y fama; y es más dañosa la adulación de éstos, porque va acompañada de su autoridad.

Pero se puede separar y conocer el lisonjero amigo del verdadero, poniendo cuidado, como se distinguen las demás cosas vanas y disimuladas de las sinceras y verdaderas. Aun el pueblo, que se compone de tantos ignorantes, no obstante suele conocer la diferencia que hay entre un ciudadano popular ó adulator y uno constante, severo y grave. ¿Con qué halagos no se insinuaba poco ha en los oídos de todos C. Papirio al promulgar la ley de reelegir los tribunos de la plebe? Yo la disuadí; pero de mí no diré nada. De Escipión (1) lo diré con más gusto. ¡Qué gravemente, oh Dioses inmortales, y con cuánta majestad hizo su discurso! Fácilmente podíamos creer que era el capitán del pueblo romano; pero ya os hallasteis en la oración, y anda en manos de todos: y así aquella ley popular por votos del mismo pueblo fué desechada. Mas volviendo á mí, ya os acordáis qué favorable parecía al pueblo la ley de C. Licinio Craso sobre los sacerdocios en el consulado de Q. Máximo, hermano de Escipión, y de L. Mancino: pues en ella se trasladaba á la elección del pueblo el nombramiento de las plazas vacantes en el colegio de los

(1) De éste se dice en el *Epitome* de Livio, al lib. LVII, que habiendo promulgado una ley Carbón, tribuno del pueblo, para que este pudiese crear un mismo tribuno siempre que quisiese, disuadió esta ley P. Africano con una gravísima oración

Agoreros. Y éste fué el primero que inventó volverse al pueblo cuando se hablaba (1). Pero la devoción de los Dioses inmortales fácilmente superaba, oponiéndome yo á su venal arenga: y esto sucedió siendo yo Pretor cinco años antes que me hicieran Cónsul. Así que más se defendió el asunto por la verdad que por la autoridad.

CAPÍTULO XXVI.

Precauciones para con los aduladores: varias especies de adulación.

Pues si en una escena, ó, por mejor decir, en un pueblo que se paga tanto de vanidades y apariencias, prevalece la verdad como se la descubra y se aclare, ¿qué será en la amistad, que toda estriba en la verdad? En la que no tendrás cosa fiel ni averiguada, si no ves abierto (como se suele decir) el pecho del amigo, y le descubres el tuyo; ni el amar y ser amado tendrás seguro si ignoras si es con verdad. Aunque esta adulación, por más que sea perniciosa, no puede hacer daño sino á aquel que la oye y se paga de ella: y así sucede que ninguno da más gratos oídos á los lisonjeros que el que se lisonjea y está muy enamorado de sí propio. La virtud absolutamente se ama á sí misma, porque se conoce muy bien, y lo amable que es: mas yo no hablo ahora de la virtud, sino de la opinión de virtuosos, la cual estiman algunos más que la misma virtud. A éstos es á quienes agrada la

(1) Antes de él hablaban los oradores vueltos á aquel paraje donde se juntaba el Senado.

lisonja; y cuando se les habla á su gusto fingidamente, les parecen aquellas palabras aparentes y disimuladas un testimonio de sus alabanzas. No es, pues, amistad aquella en que el uno no quiere dar oídos á la verdad, y el otro está siempre aparejado para mentir. Ni nos cayeran en gracia las adulaciones de los lisonjeros en las comedias, si no hubiera soldados vanos.

¿Qué dices? ¿me da Tais muchas gracias?

Bastaba responderle *muchas*; pero le dijo *grandísimas*: siempre aumenta la adulación lo que quiere que se engrandezca aquel á cuyo gusto se habla.

Y así, aunque esta suave apariencia arrastre á aquellos que ellos mismos la halagan y la convidan, se debe amonestar á los más firmes y graves que no se dejen engañar de una lisonja artificiosa; porque á un adulator á cara descubierta sólo un tonto dejará de conocerle. Hase de poner gran cuenta en que no se introduzca el artificioso y oculto, que no es tan fácil de conocer; porque muchas veces aun contradiciendo adula, y cuando afecta oponerse está adulando, hasta que á lo último se rinde y deja vencer porque parezca que ha adelantado más el engañado. Pues ¿qué mayor vergüenza que dejarse engañar? Esto se ha de precaver mucho como en la comedia *Epiclero* (1):

Lindamente por tí quedan burlados
Estos necios vejetes de comedia.

Por cierto que es persona muy necia en las comedias

(1) Entre los Griegos se llamaban *ἐπίκληροι* las doncellas pobres y huérfanas. De una de estas toma Pacuvio el nombre para su comedia *Epiclerus*.

el carácter de algunos viejos imprudentes y crédulos. Pero yo no sé cómo pasó mi discurso á las amistades vulgares desde las de los hombres perfectos, esto es, sabios: hablo de la sabiduría de que son capaces los mortales. Y así, volvamos á las primeras, y acabemos alguna vez nuestro discurso.

CAPÍTULO XXVII.

La virtud concilia y mantiene las amistades: utilidades y deleites de la amistad con Escipión.

La virtud, pues, C. Fanio, y tú, Q. Mucio, la virtud, vuelvo á decir, es la que concilia y conserva las amistades, pues en ella se halla la conveniencia de las cosas, la firmeza y constancia; la cual, cuando se descubre y da á conocer su resplandor, y ve y conoce lo mismo en otro, se aplica á ello, y mutuamente recibe lo que en él encuentra; de donde se enciende el amor de los dos ó la amistad, que de amar tomaron ambos el nombre. Porque el amar no es otra cosa que tener afecto al que se ama sin interés alguno, pues éste de la misma amistad se saca, aunque menos se busque.

Con este amor amé yo, siendo joven, á los viejos L. Paulo, M. Catón, C. Galo, P. Nasica y Tib. Graco, suegro de mi amigo Escipión: este amor luce más entre iguales, como entre mí y Escipión, L. Furio, P. Rupilio, Sp. Mumio; y también los viejos nos avenimos bien con el amor de los jóvenes, como con el vuestro y el de Q. Tuberón. A mí me es de gran complacencia la familiaridad de P. Rutilio Virginiano

aunque es tan joven. Y supuesto que el orden de nuestra vida y naturaleza está así arreglado, que una edad nace de otra, es cosa muy digna de desearse el poder llegar al fin con aquellos mismos con quienes se ha comenzado la carrera. Mas como las cosas humanas son frágiles y perecederas, siempre tenemos que buscar algunos á quienes amemos y que nos tengan amor. Porque quitando de la vida el amor y la benevolencia, se quita todo el gusto de ella. Para mí vive Escipión, aunque me faltó de repente, y vivirá para siempre; porque amé la virtud de aquel grande hombre, la cual no murió con él: y no sólo la tengo presente, que la toqué siempre con mis manos, sino á toda la posteridad será esclarecida é ilustre: y ninguno que no se proponga por modelo su memoria é imagen, será jamás capaz de aspirar á cosas mayores.

Yo, á la verdad, de cuantas cosas me ha dado la fortuna ó la naturaleza, ninguna tengo que pueda comparar con la amistad de Escipión. En ella encontraba una perfecta conformidad de dictámenes en los negocios de la república, el consejo en los privados y un descanso lleno de placer. Jamás le ofendí en la cosa más mínima que yo supiese, y jamás oí de él cosa que no quisiera: una era nuestra casa, uno el sustento, y éste común; y no sólo la campaña, sino aun los viajes y paseos nos eran también comunes. ¿Pues qué diré de la afición de saber y aprender siempre alguna cosa, en lo que abstraídos de la vista del pueblo gastábamos todo nuestro tiempo? cuya memoria, si hubiera fenecido con su muerte, no podría sufrir de ningún modo la falta de tan grande amigo; pero no sólo no se han acabado estas cosas, sino que toman fuerzas y se aumentan más con el pensamiento y la memoria. Y si absolutamente me viera falto de

ellas, me daría un gran consuelo mi edad, porque ya la falta no me podrá durar mucho, y todos los acasos breves deben tolerarse aunque sean graves. Esto es lo que se me ha ofrecido acerca de la amistad. A vosotros os aconsejo que deis tal lugar á la virtud (sin la cual no puede haber amistad), que fuera de ella no creáis que hay otro bien mayor ni más excelente que la amistad.
